

Mi madre vive gracias a que alguien murió



Al tratar de buscar respuesta a los interrogantes que surgen en medio del dolor, la tragedia y la muerte, sólo puedo señalar a la cruz.

NADIE DEBERÍA DESEAR que otra persona muera. Yo nunca le he deseado la muerte a nadie. Sin embargo, deseaba que... de las personas que iban a morir de todas formas, alguna estuviese dispuesta a dar la oportunidad de vida a otros después de haber fallecido.

Hacia años que mi madre estaba muy enferma. Su hígado se había deteriorado irreparablemente y, si no se sustituía, no podría sobrevivir.

¿Cómo había llegado ella a esa triste condición? Mi madre había contraído un virus asesino bajo irónicas circunstancias. Durante el parto de su primer hijo, ella perdió mucha sangre, y su vida dependía de que se restableciera ese vital fluido por sus venas. La transfusión fue un éxito y el niño, quien no necesitó mayores cuidados, la acompañó pronto en su cuarto. Sin embargo, ella no sabía que la sangre que había recibido estaba infectada con hepatitis C.

Así comenzó el silencioso proceso durante el cual su hígado se fue deteriorando a través de los años. Mientras eso sucedía, ella estaba llena de agradecimiento a Dios por tener un hijo saludable, a quien dedicó al Señor y educó en sus caminos.

Años después, cuando su salud iba decayendo aceleradamente, sus médicos le hicieron saber el origen de sus problemas físicos. El génesis de sus males fue el parto de su hijo. Eso fue devastador para mí, su primogénito, porque me sentía responsable por el fatal futuro de mi madre. Ella me explicó amorosamente que aunque hubiese sabido de antemano que en el proceso del parto iba a ser infectada con esa terrible enfermedad, habría seguido adelante. Si hubiese sido necesario entregar su vida, lo hubiese hecho sin pensarlo dos veces.

Cuando tuvimos esa conversación yo ya era padre, y comprendía lo que ella me estaba diciendo. El amor que Dios pone en el corazón de los padres es único. Eso me hacía apreciar de forma especial Juan 3:16, donde Jesús describe la redención en términos de un Padre entregando a su Hijo unigénito. Por otro lado, pensar que la única posibilidad de que mi madre pudiera vivir dependía de la muerte de otra persona me atormentaba. Aunque... eso, precisamente, es el plan de la redención.

La oportunidad para que ella recibiera ese regalo de vida llegó en el 2005. Viajamos a la ciudad de Nueva Orleans donde mi madre fue reclusa en una unidad de cuidados intensivos. La situación era muy delicada, pero estaba a

punto de ponerse peor. Desde el mar Caribe se acercaba un gigantesco sistema atmosférico que amenazaba con destruir la parte costera del sur de los Estados Unidos. Katrina era un colosal huracán que venía en nuestra dirección.

El huracán de categoría cinco devastó todo lo que halló a su paso. El apartamento donde me hospedaba con mi padre perdió el techo y todo quedó destruido. Gracias a Dios habíamos encontrado refugio en el hospital donde estaba mi madre, uno de los pocos hospitales que no quedó sumergido bajo el agua. La mano de nuestro amoroso Redentor fue evidente en todos esos eventos. Cientos de personas murieron en pocas horas, y en medio de uno de los más terribles desastres naturales de la historia estadounidense pudimos encontrar refugio en nuestro Dios.

Al tratar de buscar respuesta a los interrogantes que surgen en medio del dolor, la tragedia y la muerte, solo puedo señalar a la cruz. La redención ha garantizado que la muerte no será más, y que el sepulcro no ha de tener la victoria. Mi madre recibió un nuevo hígado, gracias a aquel héroe anónimo que estuvo dispuesto a donar parte de sí para ayudar a un desconocido. Yo le doy gracias a Dios por la redención, por las vidas que se han entregado por otras. Aunque algún día ella descenderá al descanso de todas formas, Jesús murió por ella y eso le ha asegurado la vida eterna.

Efraín Velázquez
Seminario Teológico Interamericano